

EL DIARIO DE BIG BOSS

LAS CENIZAS DE LA VIRTUD

EL CRONISTA
ERRANTE

UNA CRÓNICA FAN INSPIRADA EN METAL GEAR SOLID 3: SNAKE EATER

EL CRONISTA ERRANTE

EL DIARIO DE BIG BOSS

Las cenizas de la virtud

Una crónica fan inspirada en Metal Gear Solid
3: Snake Eater

Para quienes descubrieron que la lealtad también puede
ser una herida.

NOTA DE EDICIÓN

Edición digital gratuita preparada por El Cronista Errante. Texto narrado en primera persona.

Esta publicación es una obra fan no oficial y sin ánimo de lucro. Metal Gear Solid 3: Snake Eater, sus personajes, escenarios y marcas pertenecen a sus respectivos titulares. El Cronista Errante no está afiliado, patrocinado ni respaldado por Konami.

Edición novelada centrada en las memorias de Big Boss, su tránsito de soldado obediente a leyenda quebrada y el sacrificio de The Boss.

Versión 1.0 · 2026 · elcronistaerrante.com

CONTENIDO

EL NOMBRE QUE NO ELEGÍ	4
LA MISIÓN VIRTUOSA	7
EL DESCENSO AL INFIERNO	12
LA CAZA DE LOS COBRAS	16
LA CÁMARA DE TORTURA Y EL RÍO DE LOS MUERTOS	22
C3, RAYOS Y FUEGO	28
LÁGRIMAS ROJAS EN UN MAR BLANCO	34
LA ÚLTIMA MISIÓN DE THE BOSS	41

PRÓLOGO

EL NOMBRE QUE NO ELEGÍ

Dicen que el tiempo cura todas las heridas. Es una frase inventada por alguien que nunca tuvo que limpiar un arma después de matar a la persona que le enseñó a empuñarla.

El tiempo no cura. Cambia el dolor de sitio. Lo cubre con uniformes, discursos y nombres nuevos hasta que uno aprende a levantarse sin tocarlo. Pero permanece ahí, esperando una noche silenciosa o el olor adecuado: pólvora mojada, flores blancas, cuero viejo. Entonces vuelve a abrirse.

Me llaman Big Boss.

He escuchado ese nombre en boca de presidentes, reclutas y hombres que estaban a punto de morir. Para algunos significa soldado legendario. Para otros, traidor. Hay quienes lo pronuncian como una oración y quienes lo escupen como una maldición. Ninguno de ellos estuvo en la habitación cuando me lo entregaron.

El presidente sonreía. Las cámaras también. Me colgaron una medalla por haber evitado una guerra nuclear y me concedieron el título reservado al guerrero que había superado a The Boss. Todo el mundo aplaudió.

Yo solo podía recordar el retroceso de su arma contra mis manos.

Antes de aquel nombre fui Jack. En la unidad FOX me llamaban Naked Snake. Era un agente joven, un antiguo boina verde convencido de que una misión podía juzgarse por su

resultado. Extraer al científico. Destruir el arma. Eliminar al objetivo. Regresar. Cuatro verbos y una bandera bastaban para convertir cualquier horror en deber.

The Boss me había enseñado algo más complejo, aunque necesité matarla para comprenderlo.

Me entrenó durante casi diez años. No me adoptó ni me prometió una familia; los soldados no suelen permitirse palabras tan limpias. Pero cuando yo tenía quince años tomó a un muchacho lleno de rabia y le enseñó a sobrevivir sin dejar que el miedo decidiera por él. Creamos juntos el CQC, una forma de combate que dependía menos de la fuerza que de conocer el cuerpo del otro. Para derribar a alguien debías sentir antes su equilibrio. Para confiarle tu vida, aceptar que también podía quitártela.

Ella fue mi maestra, mi comandante y la medida con la que comparé a todos los seres humanos que vinieron después.

En agosto de 1964 recibí la orden de matarla.

Durante mucho tiempo conté que aquel fue el día en que murió Jack y nació Big Boss. Suena bien. A los hombres nos gustan las fronteras claras: antes y después, héroe y monstruo, lealtad y traición. La verdad es menos cómoda. Nadie se convierte en otra persona de un solo disparo. Lo que ocurrió en Tselinoyarsk abrió una grieta. Las decisiones de los años siguientes fueron ensanchándola.

Outer Heaven no nació completo en un cementerio. Allí solo apareció una pregunta: ¿qué valor tiene la lealtad de un soldado cuando su país puede ordenar que su mejor patriota muera como una traidora?

Todo lo demás llegó después.

Durante años permití que otros contaran aquella historia por mí. Unos necesitaban un héroe americano; otros, el origen de un villano. Ambos relatos comenzaban con la misma fotografía:

un hombre con parche, uniforme de gala y una medalla nueva. Ninguno mostraba lo que había fuera del encuadre.

Los nombres en clave facilitan ese trabajo. Naked Snake podía obedecer órdenes que Jack habría cuestionado. Big Boss podía cargar con decisiones que ningún hombre querría reconocer como propias. Entre ambos fui dejando partes de mí hasta no saber cuál de los nombres mentía menos.

Este diario no pretende resolverlo. Solo devolver a los muertos el espacio que los informes les quitaron.

Esta no es la historia de cómo me convertí en una leyenda. Las leyendas son útiles precisamente porque eliminan las dudas. Esta es la historia de una misión virtuosa que empezó con una mentira, de una serpiente enviada a devorar a su propia madre y de la mujer que aceptó perder su nombre para que el mundo conservara el suyo.

Es la historia de Tselinoyarsk.

La historia de la Operación Snake Eater.

CAPÍTULO 1

LA MISIÓN VIRTUOSA

Todo comenzó a las cinco y media de la mañana del 24 de agosto de 1964, sobrevolando Pakistán a nueve mil metros de altura. El avión vibraba a mi alrededor mientras el compartimento perdía presión. El mayor Zero hablaba por radio con la serenidad de un hombre que no estaba a punto de saltar hacia territorio soviético.

—¿Listo, Snake?

Miré la luz roja sobre la compuerta.

—Si digo que no, ¿damos la vuelta?

—No.

—Entonces estoy listo.

La Misión Virtuosa debía demostrar que un solo agente podía infiltrarse sin dejar rastro. FOX aún era una idea nueva y yo, su argumento de prueba. Realizaría el primer salto HALO operacional de la historia: caída libre desde gran altitud y apertura del paracaídas lo bastante cerca del suelo para evitar los radares. Si algo fallaba, el gobierno negaría conocerme antes de que mi cuerpo terminara de enfriarse.

Salté.

El aire me golpeó como una pared. Durante unos segundos no existieron Washington, Moscú ni la Guerra Fría. Solo el rugido del viento y la aguja del altímetro descendiendo demasiado deprisa. Abrí el paracaídas sobre Tselinoyarsk y la selva se extendió bajo mí como una mancha verde sin caminos.

Debía recuperar a Nikolai Sokolov, un científico soviético que había desertado a Occidente y al que Estados Unidos devolvió en secreto durante la crisis de los misiles de Cuba. Aquella concesión había evitado una guerra. También lo había entregado de nuevo a quienes necesitaban su talento.

Sokolov desarrollaba el Shagohod, un tanque capaz de utilizar una pista y sus propulsores para lanzar misiles nucleares a enorme distancia sin depender de un silo fijo. Si el coronel Volgin completaba la fase de producción, cualquier punto del planeta quedaría al alcance de una facción dispuesta a encender la Guerra Fría.

La selva me recibió con barro hasta los tobillos, humedad dentro de los pulmones y animales que parecían observar mi uniforme como una invitación. Para-Medic insistió por radio en que casi todo cuanto se arrastraba podía comerse.

—¿A qué sabe una serpiente? —pregunté.

—Pruébala y me lo dices.

Aquellas conversaciones parecen absurdas cuando se resumen una operación militar. No lo eran. La voz de Para-Medic recordaba que existía un mundo fuera de la mira del rifle. Sigint convertía armas y sensores en problemas que podían comprenderse. Zero mantenía la misión unida. Y The Boss estaba al otro lado de la frecuencia.

No necesitábamos hablar de nuestra historia. Bastaba escucharla corregir mi postura, advertirme de una corriente o guardar silencio cuando sabía que yo ya había entendido. Su voz hacía que Tselinoyarsk pareciera un ejercicio más.

Durante la infiltración me habló de la diferencia entre un soldado y un arma. Un arma no decide dónde apunta; el soldado sí, aunque después intente esconderse detrás de la orden. En aquel momento respondí que la cadena de mando existía precisamente para evitar que cada hombre inventara su propia guerra.

—Las cadenas sirven mientras quienes las sostienen recuerdan que también son responsables —dijo.

Pensé que discutíamos teoría. The Boss ya sabía que muy pronto tendría que obedecer una orden que ningún superior asumiría en público.

Fue nuestra última conversación sincera antes del puente. Todo lo que dijo después debía convencer a Volgin, a los Cobras y a los servicios de inteligencia que escucharían las grabaciones. Yo no lo sabía. Confundí la ausencia de ternura con la ausencia de amor.

Encontré a Sokolov en unas ruinas convertidas en puesto de vigilancia. Era un hombre exhausto, con la mirada de quien lleva dos años construyendo la pesadilla que teme. No preguntó quién era. Vio mi equipo americano y quiso creer.

—Prometieron que mi familia estaría a salvo —dijo.

—Esta vez saldrá usted también.

No me creyó. Tampoco yo tenía derecho a pedirle que lo hiciera.

El camino de regreso quedó bloqueado por la Unidad Ocelot. Su comandante era casi un muchacho: uniforme impecable, guantes rojos y dos pistolas automáticas que manejaba con una velocidad espectacular y una disciplina lamentable. Ocelot deseaba que lo observaran. Algunos soldados buscan sobrevivir a la guerra; él quería que la guerra lo recordara.

Atascó una de sus armas en mitad del enfrentamiento. Lo derribé con CQC antes de que pudiera corregir el fallo.

—Tienes buena mano —le dije—. Pero esas pistolas no te convienen. Prueba con un revólver.

Nunca imaginé cuánto costaría al mundo aquel consejo.

Tenía a Sokolov y una ruta hasta la extracción. Todo iba según el plan.

Hasta que llegamos a ese maldito puente colgante.

Apareció caminando entre la niebla. The Boss llevaba un traje de combate blanco que destacaba contra el bosque como una bandera de rendición. Su rostro, en cambio, no ofrecía nada. Detrás de ella esperaban los supervivientes de la Unidad Cobra: The Pain, The Fear, The End y The Fury, las emociones que habían acompañado a su escuadrón durante la Segunda Guerra Mundial. The Sorrow ya estaba muerto. Aun así, su ausencia parecía ocupar un lugar entre ellos.

Me dijo que desertaba a la Unión Soviética y que, como prueba de lealtad a Volgin, entregaba dos proyectiles nucleares Davy Crockett. Esperé una señal: una inflexión en la voz, una mirada hacia la salida, cualquiera de los códigos que habíamos utilizado durante años. No llegó ninguno.

—Vuelve a casa, Jack.

No utilizaba mi nombre durante una misión.

—Dime que esto forma parte de algo.

—Ya no soy tu maestra.

Intenté detenerla con el CQC que habíamos creado juntos. Mi cuerpo conocía sus movimientos; el suyo conocía incluso las dudas anteriores a los míos.

Fui un idiota. Me desarmó en un parpadeo. Me agarró el brazo y sentí cómo el hueso crujía, astillándose bajo su agarre implacable. El dolor me cegó. Me levantó en el aire y me arrojó por el borde del puente, hacia el abismo y el río helado.

Mientras caía, golpeándome contra las rocas antes de hundirme en el río, no pensé que The Boss me hubiera traicionado. Pensé que yo había fallado alguna prueba.

Volgin convirtió aquel fracaso en una crisis mundial. Tomó uno de los proyectiles americanos y lo disparó contra la instalación soviética donde se había desarrollado el Shagohod. No necesitaba hacerlo para capturar el arma. Lo hizo porque podía.

El globo de recuperación me elevó desde la orilla mientras el hongo nuclear devoraba las nubes. Abajo quedaban Sokolov, el Shagohod y la mujer en la que había confiado mi vida. Arriba me esperaba un país que pronto aseguraría no saber nada de nosotros.

La fe no se quemó aquella mañana. Todavía era demasiado obediente. Pero por primera vez vi la ceniza.



CAPÍTULO 2

EL DESCENSO AL INFIERNO

Desperté en una cama de hospital con el brazo inmovilizado y un comité de hombres discutiendo mi utilidad al otro lado de una puerta. Los sensores soviéticos habían detectado un avión estadounidense antes de la explosión. Jrushchov llamó a Lyndon B. Johnson por la línea directa y exigió una prueba de que Washington no había ordenado el ataque.

La prueba sería The Boss.

El gobierno necesitaba recuperar a Sokolov, destruir el Shagohod y eliminar a Volgin. Pero nada de eso limpiaría el nombre de Estados Unidos mientras la desertora que había entregado el arma siguiera viva. Su cadáver debía quedar en suelo soviético y el hombre que mejor conocía sus métodos debía producirlo.

Zero vino a verme. Llevaba el cansancio escondido detrás del rango.

—Si fracasamos, FOX dejará de existir.

—¿Y nosotros?

No contestó. En la CIA, el silencio suele ser la forma educada de confirmar una sentencia.

Me enviaron de vuelta apenas una semana después. El brazo todavía protestaba al cerrarse sobre un arma y las costillas me impedían respirar a fondo. Bautizaron el encargo como Operación Snake Eater. La serpiente debía devorar a su presa, aunque ambas hubieran compartido la misma piel.

Regresé transportado por un aparato de reconocimiento que la CIA consideraba prescindible, igual que a su pasajero. Llevaba el pañuelo de The Boss entre el equipo. Quería creer que era una prueba, pero lo conservaba como se conserva una carta de alguien muerto.

Ella me encontró antes de que pudiera orientarme. Llegó a caballo, blanca sobre blanco, y me ordenó abandonar la misión. Volví a atacarla. Volvió a leerme. Destruyó el aparato de inserción y me dejó en tierra con una advertencia que habría debido escuchar.

—No tienes fuerzas para hacer lo que te han pedido.

—Entonces no deberías darme la espalda.

The Boss tiró de las riendas.

—Todavía no entiendes cuál es tu enemigo.

Se marchó sin matarme. En aquel momento lo interpreté como orgullo. Ahora sé que cada oportunidad de retirarme fue un regalo que ella no podía explicar.

Mi contacto era ADAM, un antiguo agente de la NSA que había desertado junto a otra operativa. En el punto de encuentro no apareció ningún hombre. El rugido de una motocicleta precedió a EVA: cabello rubio, una Mauser china y la seguridad de quien entra en una habitación sabiendo que todas las miradas le pertenecen.

Le pedí la contraseña.

—¿Quiénes son los Patriotas?

—La-Li-Lu-Le-Lo.

La respuesta era correcta. La persona, no.

Ocelot interrumpió el encuentro con su unidad. Había cambiado las pistolas automáticas por revólveres, como le sugerí, y en pocos días había convertido el consejo en una identidad completa. Giraba las armas, calculaba rebotes y sonreía cada vez que alguien lo miraba. Seguía sin contar bien

las balas. Cuando el percutor golpeó una recámara vacía, pude matarlo. No lo hice.

EVA me entregó un disfraz de científico y una M1911 modificada con un cuidado casi íntimo. Comentó el gatillo, las miras, el pulido del mecanismo. Yo escuchaba fascinado. Para-Medic se burló después por radio.

—¿Te interesa la pistola o quien te la ha dado?

—La pistola.

—Claro.

EVA era competente, divertida y demasiado hábil para aparecer por casualidad. Vi las señales. Decidí que la necesidad era una forma aceptable de confianza.

Con el disfraz entré en el laboratorio de Graniny Gorki, pero Sokolov ya no estaba allí. Encontré al doctor Aleksandr Granin acompañado por una botella, varios premios y un resentimiento capaz de llenar el despacho. Su propuesta de una plataforma nuclear bípoda había sido descartada en favor del Shagohod.

—Un arma necesita piernas —dijo, golpeando sus planos—. Las orugas pertenecen al siglo pasado.

Había enviado parte de sus diseños a un colega occidental. Años después, aquellas líneas viajarían más lejos que cualquiera de nosotros. En 1964 solo eran el sueño de un ingeniero ebrio que deseaba ver fracasar a su rival.

Granin me entregó una llave para atravesar la montaña y confirmó que Sokolov había sido trasladado a Groznyj Grad. No lo hizo por Estados Unidos ni por la paz. Lo hizo por celos. Las operaciones secretas se sostienen menos veces sobre ideales que sobre pequeñas debilidades humanas.

Abandoné el laboratorio con la tarjeta escondida y el olor del vodka de Granin pegado al uniforme. Sigint quiso saber qué había visto en sus planos. Le describí las piernas articuladas, el módulo nuclear y la manera en que el diseño pretendía moverse por terrenos donde un tanque quedaría atrapado.

—Algún día alguien construirá eso —dijo.

—Entonces algún día alguien tendrá que destruirlo.

La frase sonó como una broma. Terminó convirtiéndose en una tradición familiar.

Durante el trayecto hacia las montañas, EVA se comunicaba a intervalos irregulares. Nunca revelaba su posición y siempre parecía conocer la mía. Me habló de rutas de patrulla, de los hábitos de Volgin y del miedo que Sokolov sentía por su familia. También preguntó por The Boss.

—¿De verdad podrás matarla?

—Es la misión.

—Eso no responde.

No contesté. EVA tenía la costumbre de encontrar las preguntas que yo mantenía fuera de la radio.

Antes de llegar a Groznyj Grad debía cruzar la selva y las montañas de Tselinoyarsk. Mis pasos ya estaban siendo observados.

La Unidad Cobra me esperaba. No eran monstruos, aunque durante años los informes prefirieran describirlos así. Eran soldados que habían sobrevivido demasiado tiempo dentro de una sola emoción. Llevaban microbombas para que sus cuerpos desaparecieran al caer: ni cadáveres, ni interrogatorios, ni una vida que pudiera examinarse después de la misión.

Para alcanzar el corazón de la conspiración tendría que cazar a los antiguos compañeros de The Boss. Ella conocería el instante exacto en que muriera cada uno.

CAPÍTULO 3

LA CAZA DE LOS COBRAS

Los miembros de la Unidad Cobra no utilizaban aquellos nombres como adornos. Durante la Segunda Guerra Mundial habían llevado al combate las emociones que permitían a un soldado seguir avanzando cuando la razón le ordenaba huir. Dolor. Miedo. Olvido. Furia. Pena. Alegría.

The Boss era The Joy.

Nunca comprendí del todo si la emoción los había elegido a ellos o si, después de suficientes años de guerra, ya no quedaba nada más dentro. Mientras avanzaba hacia Groznyj Grad, tuve que atravesarlos como si recorriera las partes de una misma herida.

The Pain me esperaba en una caverna inundada. Antes de verlo escuché el enjambre: un zumbido tan compacto que parecía alterar la presión del aire. Las avispas se reunían sobre su cuerpo, entraban y salían de su equipo y obedecían movimientos que ningún insecto debería comprender.

—La alegría se ha ido —dijo—. Solo queda el dolor.

Disparar contra él era disparar contra una tormenta. El enjambre desviaba la puntería, cubría su cuerpo y se introducía bajo mi uniforme. Las primeras picaduras quemaron; las siguientes fueron apagando la piel hasta convertirla en una sola zona de fiebre.

No vencí porque tuviera un arma especial ni porque recordara un truco providencial. Sobreviví porque la cueva ofrecía agua, roca y segundos de oscuridad, y porque The Boss

me había enseñado que el entorno es el arma que nunca puede confiscarte el enemigo. Me hundí, cambié de posición y esperé a que The Pain confundiera agresividad con control.

Cuando cayó, pronunció el nombre de su emoción como si fuera una oración. La microbomba implantada en su cuerpo borró cuanto quedaba de él. La explosión empujó las avispas contra las paredes.

Llamé a Zero.

—Uno menos —informé.

Hubo una pausa.

—Eran compañeros de The Boss —dijo.

—Lo sé.

No añadimos nada. Contar objetivos era más sencillo que contar muertos.

The Fear convirtió el bosque de Graniny Gorki en una telaraña. Se desplazaba por las ramas con articulaciones capaces de doblarse donde las de un hombre se romperían. Su camuflaje óptico deformaba la luz y dejaba apenas un temblor entre las hojas. Yo no cazaba a un cuerpo, sino una ausencia.

Una flecha envenenada me alcanzó. Encontré refugio tras un tronco, extraje el proyectil y administré el antídoto mientras las ramas crujían sobre mí. Para-Medic me obligó a describir los síntomas.

—Visión inestable. Pulso acelerado. Entumecimiento.

—Eso es el veneno. El miedo es otra cosa.

—No tengo miedo.

—Entonces eres un idiota y no puedo tratarte por radio.

Sonreí a pesar del sudor. Tenía razón. El miedo estaba allí, pero no era una orden. The Boss me había repetido aquella diferencia durante años: sentir algo no significa obedecerlo.

Dejé de perseguir los movimientos invisibles y observé el bosque. Los animales huían antes de que The Fear saltara. Las hojas cedían bajo un peso que el camuflaje no podía ocultar. Su tecnología consumía energía y su hambre terminaba obligándolo a mostrarse. Esperé. Cuando atacó, yo ya había elegido el terreno.

Su muerte fue rápida y ruidosa. Otra detonación. Otro nombre eliminado del mapa.

The End fue distinto.

Tenía más de cien años y parecía haber envejecido con el propio arte del francotirador. Los parásitos de su cuerpo le permitían obtener energía de la luz, permanecer inmóvil durante horas y mezclarse con la vegetación hasta que el bosque respiraba a través de él.

Nuestro duelo no se pareció a una batalla. Fue una conversación sin palabras entre dos hombres que se negaban a ser vistos. Durante horas avancé centímetros, estudié huellas, escuché aves y medí cambios en el viento. Él me observaba por la mira. Yo buscaba el instante en que su paciencia necesitara convertirse en movimiento.

En aquella quietud regresaron las lecciones de The Boss. Me había enseñado a escuchar una selva antes de entrar en ella, a distinguir el silencio natural del silencio producido por un depredador. Cada conocimiento que me acercaba a The End me acercaba también a la mujer que debía matar.

Pude hablarle por radio. No lo hice. Temía escuchar su voz y encontrar en ella a mi maestra.

The End disparó una vez. La bala arrancó corteza a pocos centímetros de mi rostro. No realizó un segundo tiro. Cambió de posición, como sabía que haría. Seguí el rastro mínimo que dejó al retirarse y convertí su prudencia en dirección.

Cuando por fin lo tuve delante, no vi un monstruo. Vi a un soldado tan antiguo que la guerra había olvidado concederle

una vida fuera de ella. Aceptó el final con alivio. Después su cuerpo desapareció bajo la detonación de la unidad.

El bosque quedó inmóvil.

—Buen trabajo —dijo Zero por radio.

Aquellas dos palabras empezaban a pesar.

The Boss me había contado historias de los Cobras sin utilizar jamás sus nombres en clave. Recordaba a un hombre que podía permanecer quieto durante días, a otro que hablaba del espacio como de una tumba y a un compañero que regresaba cubierto de insectos. Yo los había imaginado como personajes de una guerra antigua.

Ahora los estaba eliminando uno a uno para llegar hasta ella.

Comprendí que no solo dismantelaba una unidad enemiga. Borraba a las últimas personas capaces de recordar quién había sido The Boss antes de convertirse en traidora. Cada explosión hacía más fácil la versión que Washington necesitaba. Si ella moría y los Cobras desaparecían, la mentira no tendría testigos que la contradijeran.

Seguí avanzando. Saber que una orden es cruel no siempre basta para desobedecerla.

Antes de alcanzar Groznyj Grad descendí a un corredor subterráneo. El hormigón sudaba humedad y el aire olía a combustible. The Fury apareció al fondo con un traje de cosmonauta, depósitos a la espalda y un lanzallamas capaz de ocupar el túnel entero.

Había viajado hacia el espacio y regresado envuelto en fuego. Su cuerpo sobrevivió. Su mente quedó atrapada en el accidente.

—Estoy furioso —repetía desde el casco—. Siento una furia negra.

Las llamas consumían el oxígeno y convertían cada salida en una pared naranja. Tuve que moverme entre columnas, tuberías

y breves bolsas de aire, esperando a que el peso de su equipo le impidiera corregir el giro. El calor no dolía al principio. Solo después descubrí las ampollas bajo el uniforme.

The Fury hablaba con alguien que no estaba allí. Tal vez con los responsables de su accidente. Tal vez con el espacio. Comprendí que su emoción ya no pertenecía al campo de batalla; el campo de batalla le pertenecía a ella.

Lo derroté entre humo y metal. Cuando la microbomba estalló, una figura de fuego pareció avanzar hacia mí. Pudo ser combustible ardiendo. Pudo ser el cansancio. En Tselinoyarsk aprendí a no confiar demasiado en la frontera entre ambas cosas.

Salí del túnel con las cejas quemadas y la garganta llena de hollín. Había sobrevivido al dolor, al miedo, al tiempo y a la furia. No me sentía más fuerte. Me sentía vaciado.

Quedaban The Sorrow y The Boss.

Uno ya estaba muerto.

La otra estaba esperando que yo cumpliera la misión.

Acampé unas horas antes de aproximarme a la fortaleza. No dormí. Limpié el arma, revisé el equipo y escuché la frecuencia en la que The Boss ya no respondía. Las tareas pequeñas mantenían ocupadas las manos, pero no podían ordenar todo lo que había ocurrido.

Zero llamó para confirmar que la ruta seguía abierta. Le pregunté cuánto sabía Washington sobre los Cobras y sobre la misión original de The Boss. Respondió que yo no necesitaba aquella información para completar el objetivo.

—La necesito para saber a quién estoy matando.

—Ya lo sabes: al enemigo.

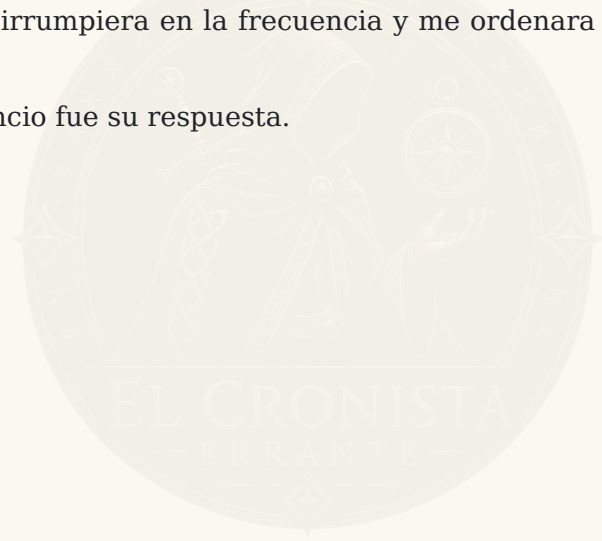
La palabra había perdido su precisión. The Pain había combatido junto a los Aliados. The End llevaba más tiempo sirviendo en guerras ajenas del que cualquiera de sus

perseguidores llevaba vivo. The Fury había rozado las estrellas para un programa que luego negaría su existencia. Una semana antes, ninguno era mi enemigo. Bastó una orden, un lugar en el mapa y una versión oficial para convertirlos en objetivos legítimos.

The Boss decía que un soldado debe adaptarse a los tiempos. Yo empezaba a preguntarme si esa adaptación significaba servir al mundo tal como cambiaba o permitir que otros cambiaran nuestra conciencia por nosotros.

Cuando amaneció, guardé la radio y me puse en marcha. Groznyj Grad aparecía más allá de la niebla, enorme y geométrico. Por primera vez durante la operación deseé que The Boss irrumpiera en la frecuencia y me ordenara regresar a casa.

El silencio fue su respuesta.



CAPÍTULO 4

LA CÁMARA DE TORTURA Y EL RÍO DE LOS MUERTOS

Groznyj Grad era una ciudad construida para que la guerra pudiera trabajar en turnos. Cuarteles, hangares, laboratorios y pistas de aterrizaje se extendían detrás de muros electrificados. En el centro reposaba el Shagohod, rodeado por hombres que lo trataban como a un animal sagrado.

Para entrar utilicé el rostro del mayor Ivan Raikov. La máscara copiaba sus facciones; el uniforme hacía el resto. Caminé entre soldados que habrían disparado al reconocerme y descubrí una verdad poco heroica sobre la infiltración: la mayoría de los hombres ve lo que espera ver. Un paso seguro convence más que el mejor disfraz.

Encontré a Sokolov junto al área de desarrollo. Había envejecido desde la semana anterior. Me explicó que la fase final del Shagohod estaba lista y que Volgin pretendía fabricarlo en serie. Después preguntó por su esposa y su hija.

—Están a salvo —dije.

Por primera vez sonrió.

No pude mantener aquella promesa.

Volgin apareció antes de que alcanzáramos la salida. Estaba obsesionado con Raikov y conocía su cuerpo mejor de lo que cualquier máscara podía imitar. Un gesto de intimidad bastó para descubrirme.

—Tú no eres Ivan.

Los guardias cerraron la sala. Intenté alcanzar el arma, pero The Boss surgió a mi espalda. Me desarmó y me golpeó con una precisión deliberadamente humillante. Necesitaba que todos la vieran tratarme como a un enemigo.

Volgin interrogó a Sokolov delante de nosotros. Cada negativa recibía un golpe. Yo había visto hombres romperse; Sokolov no se rompió. Su cuerpo, sí. Cuando dejó de moverse, Volgin parecía más molesto que satisfecho, como si el científico hubiera muerto sin permiso.

No me permitió apartar la mirada.

Me llevaron a una cámara bajo tierra. Volgin descargaba electricidad desde su propio cuerpo. El aire olía a ozono antes de cada contacto, un aviso demasiado breve para prepararse. Me preguntó por el Legado de los Filósofos: cien mil millones de dólares reunidos por las potencias que habían cooperado durante la guerra mundial y dispersados después en bancos de varios países.

Yo no conocía el Legado. Volgin confundió ignorancia con resistencia y aumentó el voltaje.

The Boss me había enseñado a soportar interrogatorios. Divide el dolor. Nombra lo que ocurre. Presión en las muñecas. Contracción muscular. Falta de aire. Si conviertes el sufrimiento en información, quizá impidas que se convierta en voluntad.

Funcionó hasta que vi a EVA.

Seguía disfrazada como Tatyana, la amante de Sokolov, pero Ocelot había empezado a sospechar. El joven que conocí en las ruinas había mejorado a una velocidad inquietante. Ya contaba las balas. Ahora jugaba con ellas.

Introdujo un solo cartucho en el revólver y giró el tambor. Apuntó a EVA. El percutor cayó sobre una recámara vacía.

Volvió a amartillarlo.

The Boss permanecía a pocos pasos. Su rostro no cambió. Yo buscaba en ella una señal y odiaba necesitarla.

Ocelot apretó otra vez. Clic.

Cuando preparó el siguiente disparo me lancé contra él. No pensé en la misión ni en el Legado. Pensé que EVA moriría porque había confiado en mí.

La detonación ocurrió junto a mi rostro.

No sentí dolor de inmediato. Sentí un golpe, calor y después la desaparición del lado derecho del mundo. Caí sobre las rodillas. La sangre me llenó la boca. Intenté abrir un ojo que ya no estaba.

Ocelot se quedó inmóvil, horrorizado durante una fracción de segundo. The Boss lo golpeó por perder el control. Después tomó un arma y disparó contra mi pierna. La bala fue limpia, calculada. Ante Volgin era otra prueba de lealtad. Para mí era la diferencia entre una ejecución inmediata y una celda.

Mientras me arrastraban, ella se inclinó lo suficiente para que solo yo la oyera.

—Sobrevive.

Pudo ser una orden. Pudo ser un recuerdo fabricado por la fiebre. Me aferré a esa palabra.

Desperté encerrado, sin profundidad en la visión y con el equilibrio convertido en una negociación. Un guardia llamado Johnny vigilaba la puerta. Hablaba demasiado para un carcelero y demasiado poco para un hombre que quería parecer cruel. Me contó problemas de estómago, se quejó de sus superiores y terminó ofreciéndome comida.

Hasta en Groznyj Grad había seres humanos. Eso complicaba el trabajo.

The Boss había permitido que parte de mi equipo llegara hasta la celda. No sé qué orden dio ni a quién engañó. Encontré una oportunidad y la utilicé. La fuga no fue elegante: sangre, un

guardia confundido, pasillos recorridos con un campo de visión partido y alarmas multiplicándose a mi espalda.

Llegué al sistema de desagüe. Los soldados cerraban ambos extremos. Salté.

La corriente me golpeó contra el hormigón y me arrastró fuera de la fortaleza. Cuando salí a la superficie ya no distinguía si estaba despierto.

El río se extendía bajo una niebla sin orillas. The Sorrow flotaba sobre el agua con una herida en la cabeza y una lágrima de sangre. Sabía quién era. Amante de The Boss. Padre del hijo que le habían arrebatado. Miembro muerto de los Cobras.

No disparó. Levantó una mano.

Los muertos comenzaron a caminar hacia mí.

No eran necesariamente todos los hombres de Tselinoyarsk. Eran todos los rostros que mi memoria había decidido conservar: soldados sorprendidos en un puesto, guardias que tuvieron la mala suerte de mirar hacia el lugar equivocado, enemigos cuyos nombres nunca pregunté. Algunos llevaban heridas que reconocía. Otros tal vez pertenecían a guerras que todavía no había librado.

La misión llama «bajas» a esas personas. En el río recuperaban sus cuerpos.

Intenté avanzar mientras sus manos tiraban de mí. The Sorrow repetía que la vida y la muerte no le pertenecen al soldado. Pensé en Sokolov, en el puente, en el ojo que acababa de perder y en The Boss obligada a observarlo todo sin permitirse una reacción.

Al final del río encontré el cuerpo de The Sorrow. Al tocarlo, mi corazón se detuvo.

La muerte duró un instante o una eternidad. Recordé el compuesto de reanimación oculto entre mi equipo médico y

forcé al cuerpo a regresar. El corazón golpeó una vez. Después otra. Desperté en la orilla bajo la lluvia, vomitando agua.

Permanecí tendido hasta que la respiración dejó de sonar como la de otro hombre. El ojo perdido alteraba el equilibrio y el río seguía moviéndose bajo una tierra que ya estaba quieta. Para-Medic intentó evaluar mi estado por radio. Le mentí. Dije que podía continuar.

—Snake, sobrevivir no significa estar en condiciones de luchar.

—En esta misión parece suficiente.

Hubo un silencio. Después su voz perdió el tono clínico.

—Regresa vivo.

No prometí nada. Para-Medic conocía las estadísticas y yo conocía el objetivo final. Los dos sabíamos que cualquier respuesta habría sido una forma de consuelo, no de información.

Había sobrevivido a The Sorrow, pero no lo había derrotado. Esa es la diferencia. Los muertos no necesitan vencerte. Les basta con acompañarte.

EVA me esperaba detrás de una cascada. Cuando vio el vendaje sobre mi ojo dejó de sonreír. Me tocó la mejilla con una delicadeza que ninguno de los dos estaba preparado para reconocer.

—Lo siento —dijo.

—No fuiste tú quien disparó.

—No me refería solo al disparo.

Quise preguntarle la verdad. Quién era. Para quién trabajaba. Por qué The Boss le había permitido escapar. No lo hice. EVA me entregó cuatro cargas de C3 y señaló Grozny Grad en el mapa.

La misión seguía viva.

Sokolov no.

Permanecimos tras la cascada mientras EVA cambiaba el vendaje. El agua ocultaba el ruido de las patrullas y nos concedía una intimidad prestada. Ella trabajaba con manos firmes, pero cada vez que retiraba una gasa respiraba de otra manera.

—Ocelot no pretendía alcanzarte —dijo.

—Eso mejora mucho las cosas.

—Pretendía asustarme. Perdió el control.

—En un revólver, perder el control y tomar una decisión suelen parecerse demasiado.

EVA apretó el nudo con más fuerza de la necesaria. Le sujeté la muñeca. Durante un instante ninguno interpretó un papel: ni la agente seductora, ni el soldado que siempre podía continuar. Solo éramos dos personas cansadas intentando decidir cuánto daño admitir ante la otra.

Me contó que había visto a The Boss entrar en la celda después de que me llevaran. Volgin exigía una ejecución pública cuando terminara el interrogatorio. Ella lo convenció de que mi cuerpo podía utilizarse para localizar otros agentes de FOX. Así ganó las horas necesarias para mi fuga.

—Sigue protegiéndote —dijo EVA.

—También me disparó en la pierna.

—A veces esas dos cosas son la misma en nuestro oficio.

La frase me acompañó cuando regresé a la fortaleza. The Boss no podía salvarme de forma visible. Yo tampoco podía amar lo suficiente para desobedecer sin condenar a otros. Entre ambos, la misión convertía cada gesto de afecto en una herida defendible.

CAPÍTULO 5

C3, RAYOS Y FUEGO

Regresé a Groznyj Grad con un ojo, cuatro cargas de C3 y ninguna ruta de salida que mereciera ese nombre.

La pérdida de visión afectaba a todo. Las distancias parecían mentir, el borde de cada puerta llegaba antes de lo esperado y apuntar exigía reconstruir la profundidad mediante movimiento. El cuerpo aprende deprisa cuando la alternativa es morir. Aun así, cada error me recordaba a Ocelot.

Me infiltré en el hangar del Shagohod. De cerca, el arma de Sokolov resultaba más inquietante que en los planos: una masa de acero, propulsores y misiles concebida para convertir una pista en el inicio de un ataque nuclear. No era un tanque. Era una forma de borrar la distancia entre una decisión y millones de muertos.

Coloqué las cargas en los depósitos de combustible estructurales. Una. Dos. Tres. Cuatro. Cada temporizador añadió un latido al silencio.

Al activar el último, las luces del hangar se encendieron.

Volgin esperaba en la pasarela con Ocelot. The Boss estaba junto a ellos y EVA permanecía de rodillas, golpeada, con las manos sujetas. La habían sorprendido buscando el microfilm del Legado.

The Boss descendió y me desarmó antes de que pudiera tomar una decisión estúpida. Volgin le entregó el microfilm y

ordenó que lo escondiera de nuevo. Después le indicó que se llevara a EVA y se deshiciera de ella.

EVA me miró. The Boss no.

Cuando desaparecieron, comprendí que acababa de confiar la vida de una espía a la mujer que tenía orden de asesinar.

Volgin bajó a la plataforma. La electricidad reptaba por sus brazos y hacía vibrar las lámparas. Antes de atacarme quiso explicar el Legado, como hacen los hombres convencidos de que la victoria no está completa hasta que el enemigo admira su poder.

Los Filósofos habían reunido aquella fortuna para derrotar a las potencias del Eje y dar forma al mundo posterior. Muerta la alianza, el dinero se convirtió en el botín de una organización fragmentada. El padre de Volgin había administrado parte de los fondos. El hijo los utilizaba para comprar ejércitos y armas.

—Con el Shagohod y el Legado —dijo—, no habrá país capaz de detenerme.

—Hablas demasiado.

Me golpeó con una descarga que me lanzó contra el suelo.

No podía competir con su fuerza ni absorber el voltaje. Podía obligarlo a moverse. Las cargas seguían contando. Utilicé columnas, tuberías y la propia estructura del hangar para romper su ritmo. Cada vez que Volgin descargaba electricidad sobre metal húmedo, el entorno le devolvía una parte.

Ocelot observaba desde arriba. Volgin le ordenó dispararme. Él se negó y arrojó parte de mi equipo a la plataforma. Lo presentó como deseo de un combate justo. En realidad, Ocelot ya estaba jugando una partida que ninguno de nosotros alcanzaba a ver.

Conseguí derribar a Volgin.

El temporizador llegó a cero.

La primera explosión levantó el suelo. Las siguientes recorrieron los depósitos y doblaron las pasarelas como papel. Corrí entre fragmentos de acero, fuego y alarmas. Creí que EVA había muerto hasta que atravesó el humo sobre una motocicleta con sidecar.

—Sube si no quieres volver andando —gritó.

No pregunté por The Boss. La respuesta estaba en que EVA seguía viva.

Escapamos mientras Groznyj Grad se derrumbaba. Detrás de nosotros, algo abrió las ruinas.

El Shagohod emergió entre llamas.

Volgin lo pilotaba con el rostro cubierto de sangre y una alegría casi infantil. La explosión no había destruido el arma; solo había eliminado todo cuanto podía contenerla.

EVA llevó la motocicleta por pistas, hangares y puestos de control. Yo disparaba desde el sidecar contra ruedas, motores y soldados que aparecían delante. El Shagohod arrasaba edificios, lanzaba misiles y utilizaba sus propulsores para ganar velocidad.

Volamos un puente cuando estaba sobre él. Durante un segundo la máquina quedó suspendida sobre el vacío. Entonces encendió los cohetes y saltó.

—Eso no estaba en los planos —dijo EVA.

—Presentaremos una queja a Sokolov.

Los dos callamos. Había olvidado durante un instante que estaba muerto.

Conseguimos dañar la propulsión y obligar al Shagohod a detenerse en una pista abierta. Volgin salió de la cabina y conectó su cuerpo a los sistemas. La electricidad de sus músculos alimentó la máquina averiada. No luchaba ya por estrategia ni por poder. Luchaba porque no podía imaginar un mundo que continuara después de su derrota.

La tormenta llevaba tiempo reuniéndose sobre Groznyj Grad. Volgin elevó los brazos y el aire se cargó de ozono.

El rayo lo encontró.

La descarga descendió desde las nubes, atravesó su cuerpo y corrió por el chasis del Shagohod. Volgin ardió sujeto a su propia creación. Siempre había repetido una superstición para apartar las tormentas. Aquella noche no tuvo tiempo de pronunciarla.

La máquina se detuvo.

No hubo sensación de victoria. Solo lluvia golpeando metal caliente.

Me acerqué al cuerpo de Volgin lo suficiente para asegurarme de que no volvería a levantarse. Había pasado la misión creyendo que él era el centro de la amenaza: el sádico, el usurpador, el hombre con una máquina nuclear y una fortuna secreta. Muerto, parecía más pequeño que el Shagohod que había querido dominar.

Los hombres como Volgin facilitan la moral. Basta detenerlos. Lo difícil viene después, cuando uno descubre que las instituciones respetables también sacrifican inocentes y que no existe un rostro único al que disparar.

EVA observó las ruinas desde la motocicleta.

—¿Ha merecido la pena?

—Pregúntamelo cuando salgamos del país.

Nunca volvió a hacerlo.

Mientras recuperábamos el aliento, la radio crepitó. Zero informó de movimientos en Moscú y Washington. El bombardeo soviético sobre la zona ya estaba autorizado; si no alcanzábamos el lago antes del amanecer, nuestro propio éxito borraría también nuestros cuerpos. Para los responsables políticos, aquello simplificaba el informe.

Sigint pidió datos sobre el Shagohod. Describí la velocidad, la propulsión y el modo en que Volgin había utilizado su electricidad para mantenerlo activo. Tomó notas hasta que comprendió que yo no estaba hablando de una máquina, sino de Sokolov.

—El arma ha sido destruida —dijo—. Cumpliste el objetivo.

—El hombre que la construyó no saldrá de aquí.

—No fue culpa tuya.

En una operación clandestina, esa frase significa casi siempre que la culpa ha quedado repartida entre suficientes despachos para no pertenecer a nadie. Sokolov había confiado dos veces en la promesa de Occidente. La primera lo devolvimos a la Unión Soviética para evitar una guerra. La segunda llegamos demasiado tarde para salvarlo. En ambos casos, alguien habría firmado que la decisión era necesaria.

Apagué la radio. EVA había escuchado la conversación.

—Si sobrevives, ¿qué harás? —preguntó.

Miré hacia el bosque donde esperaba The Boss.

—Todavía no sé quién va a sobrevivir.

EVA y yo continuamos hacia el lago. Un tronco nos obligó a abandonar la motocicleta y una rama rota le abrió el costado. Quiso caminar sola. No podía. La cargué durante parte del trayecto mientras patrullas soviéticas cerraban el bosque.

—Esto estropea tu imagen de mujer misteriosa —le dije.

—Mi imagen sobrevivirá. Tu espalda, no estoy segura.

Nos reímos demasiado alto. Quizá porque Sokolov estaba muerto, yo había perdido un ojo y ninguno sabía qué ocurriría al amanecer. A veces la risa no significa alegría. Significa que el cuerpo necesita una salida que no sea gritar.

Al acercarnos al lago, EVA confirmó que el hidroavión estaba preparado. También me dijo que The Boss esperaba en la ribera.

Me entregó una pistola. Yo comprobé el cargador.

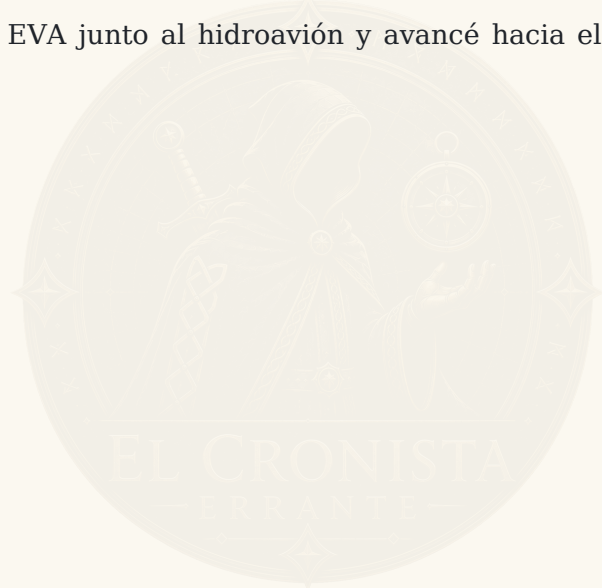
—Puedes venir conmigo —dijo—. Podemos despegar antes del bombardeo.

La misión ya había destruido el Shagohod y a Volgin. El mundo podía sobrevivir sin el último objetivo. Yo también, quizá.

Pero The Boss había esperado.

Y aún no sabía si iba a matarla por mi país, por la misión o porque necesitaba que alguien explicara en qué momento nuestra vida se había convertido en aquello.

Dejé a EVA junto al hidroavión y avancé hacia el campo de flores.



CAPÍTULO 6

LÁGRIMAS ROJAS EN UN MAR BLANCO

El campo no parecía real.

Después de una semana de barro, hormigón, humo y sangre, miles de flores blancas se extendían hasta la línea de árboles. El viento las inclinaba al mismo tiempo y producía la ilusión de un mar respirando.

The Boss esperaba en el centro.

Vestía de blanco, pero ya no parecía una desertora ni una comandante. Era simplemente la mujer que me había enseñado a caer sin romperme y a levantarme sin desperdiciar movimiento. Llevaba el Patriot sujeto con una mano. La otra descansaba abierta junto al cuerpo.

—Has crecido —dijo.

—Me falta un ojo.

—No hablaba de eso.

Quise apuntarle. El arma permaneció baja.

A lo lejos se escuchaban motores. Bombarderos soviéticos se aproximaban para borrar las instalaciones, el Shagohod y cualquier prueba de la operación. Teníamos unos minutos. The Boss los utilizó para contarme la parte de su vida que ni siquiera yo conocía.

Después de la Segunda Guerra Mundial, los Filósofos habían dejado de ser una alianza y se habían fragmentado entre

Estados Unidos, la Unión Soviética y China. Cada rama quería el Legado para imponer su propia interpretación del orden. Ella había sido enviada a acercarse a Volgin y recuperar el microfilm. Su desertión, dijo, era una misión.

Sentí alivio antes que rabia.

—Entonces volvemos juntos.

The Boss negó despacio.

—La misión cambió cuando Volgin utilizó el arma americana.

Comprendí antes de que terminara.

Washington necesitaba un culpable. Si The Boss regresaba viva, los soviéticos podrían afirmar que el ataque había sido autorizado por Estados Unidos. Para impedir la guerra, debía morir en suelo ruso como una traidora derrotada por un agente americano.

—Podemos contar la verdad.

—La verdad no es lo que ocurrió, Jack. Es lo que las naciones consiguen que el mundo acepte.

—Eso no significa que tengas que obedecer.

—¿Y cuántos morirán para que yo conserve mi nombre?

No tuve respuesta. Ella sí la había tenido desde el puente.

Me habló de su viaje al espacio, una misión temprana del programa Mercury que nunca aparecería en los libros. Desde allí no había visto fronteras, bloques ni ideologías. Solo una esfera sin líneas, suspendida en la oscuridad. Los enemigos cambian con los tiempos, dijo. Los intereses de los países convierten a aliados en amenazas y a patriotas en traidores. Un soldado que entrega su lealtad a la política termina combatiendo contra el mismo mundo que juró proteger.

—Entonces, ¿a qué debemos ser leales? —pregunté.

—A la misión que trasciende nuestro tiempo. A mantener vivo el mundo para quienes vienen después.

Durante años intenté interpretar aquellas palabras. Zero escuchó una orden de unificación. Yo escuché una promesa de refugio para los soldados. Los dos afirmamos continuar su voluntad. Tal vez ninguno soportaba admitir que The Boss no nos había entregado un plano.

Abrió la parte superior del uniforme y mostró la cicatriz que atravesaba su abdomen. La había recibido durante el desembarco de Normandía. Dio a luz en medio de una batalla, asistida por médicos que apenas podían cubrirse del fuego. Los Filósofos se llevaron al niño antes de que ella pudiera conocerlo.

No pronunció el nombre de Ocelot. No era necesario. Recordé sus ojos, su edad, la forma en que The Boss lo había golpeado después de mi herida y algo se ordenó dentro de mí.

The Sorrow había sido el padre. Años más tarde, las lealtades enfrentadas obligaron a The Boss a matarlo. Su vida no estaba llena de sacrificios distintos. Era el mismo sacrificio repetido con rostros nuevos.

—¿Por qué yo? —pregunté—. ¿Por qué hacerme tu verdugo?

—Porque eres el único que puede hacerlo y seguir adelante.

—No sabes eso.

—Te conozco mejor que tú.

Me entregó el microfilm. EVA llevaba una copia falsa; The Boss había permitido que escapara porque la necesitaba para sacarme del país. Incluso entonces continuaba dirigiendo la misión.

Después levantó el Patriot.

—No podemos llevar el mismo código. Uno de los dos tiene que morir. El que sobreviva heredará el título.

—No quiero tu título.

—Nunca se trata de lo que queremos.

Aquella fue una de las pocas cosas en las que, al final, decidí no creerle.

Recordé el primer día de entrenamiento. Yo intentaba derribarla utilizando fuerza; ella me dejaba agotarme y después me llevaba al suelo con un movimiento mínimo. Cuando protesté, dijo que el combate revela aquello que una persona no quiere admitir. El impaciente muestra su miedo. El orgulloso, su inseguridad. El obediente, su deseo de no elegir.

—¿Y tú qué revelas? —le pregunté entonces.

The Boss sonrió.

—Que todavía estoy aquí.

En el campo de flores comprendí que había preparado nuestra última pelea desde mucho antes de que yo conociera la misión. No buscaba comprobar quién era mejor. Necesitaba asegurarse de que yo podía continuar después de matarla. Cada encuentro, cada oportunidad de retirarme y cada derrota habían sido parte de esa preparación.

Incluso su crueldad había sido una forma de cuidado.

El viento levantó los primeros pétalos. The Boss atacó.

Nuestro combate no fue una exhibición. Fue rápido, agotador y demasiado íntimo. Cada agarre contenía diez años de práctica. Cuando intentaba desequilibrarla, ella recordaba el error exacto que yo cometía al cargar el peso. Cuando ella preparaba una llave, mi cuerpo reconocía la presión antes de que llegara.

No peleábamos como maestra y alumno. Peleábamos como dos versiones de una misma técnica que ya no podían coexistir.

Disparó el Patriot en ráfagas cortas. Me desplazé entre las flores, utilicé el terreno y cerré la distancia. En el cuerpo a cuerpo su experiencia seguía siendo superior. Mi ventaja era haber pasado la semana adaptándome a pérdidas que aún no

terminaba de comprender. Ella me había enseñado a sobrevivir al cambio. Esa lección terminó volviéndose contra ella.

La derribé. Se levantó.

Volví a derribarla. Su respiración cambió.

Los aviones estaban más cerca. El campo temblaba bajo el rumor de los motores.

The Boss rompió mi guardia y el filo de su mano se detuvo junto a mi garganta. Durante una fracción de segundo pudo matarme. Vi la decisión en sus ojos.

Retiró el golpe.

Yo no retiré el mío.

Cayó de espaldas entre las flores. El Patriot quedó a varios metros. Me arrodillé junto a ella esperando otra trampa, otro movimiento, una explicación que deshiciera todo. The Boss sonreía.

—Bien hecho, Jack.

Odié escuchar orgullo en su voz.

Me indicó el arma. La misión exigía una muerte que pudiera verificarse. Su sacrificio no estaría completo hasta que yo apretara el gatillo.

—No puedo.

—Ya lo has hecho. Solo falta el disparo.

Tomé el Patriot. El metal pesaba menos que cualquier arma que haya sostenido desde entonces.

Su caballo apareció en el límite del campo y avanzó entre las flores. The Boss giró la cabeza hacia él. Por primera vez aquella tarde dejó de parecer la soldado perfecta. Pareció una mujer despidiéndose de algo que amaba.

Apunté a su pecho.

Podía negarme. Podía cargarla hasta el hidroavión, contar la verdad y aceptar el riesgo. Durante años me pregunté si esa habría sido la decisión moral. La memoria siempre ofrece alternativas cuando ya no tiene que pagar su precio.

The Boss había elegido.

Yo obedecí.

El disparo fue pequeño comparado con las explosiones de Groznyj Grad. Aun así, dividió mi vida con más precisión que cualquier frontera.

La sangre alcanzó las flores. El viento levantó pétalos blancos y rojos alrededor del cuerpo. La cicatriz de su abdomen pareció moverse bajo la luz, como una serpiente abandonando una piel vieja. Sé lo que vi. No sé qué ocurrió.

Me quedé de rodillas hasta que el ruido de los aviones recordó que el mundo seguía avanzando.

The Boss había muerto como enemiga de Estados Unidos.

Solo unas pocas personas conocerían la verdad.

Y una de ellas era el hombre que acababa de matarla.

Antes de marcharme recogí una flor aplastada junto a su mano. El tallo se rompió al guardarlo dentro del uniforme. Fue un gesto absurdo. Llevaba el microfilm capaz de decidir el equilibrio de poder, el arma de The Boss y los códigos de extracción; aun así, lo único que temía perder era aquel pétalo.

Su caballo no se apartó del cuerpo. Relinchó cuando los aviones atravesaron las nubes y después bajó la cabeza hacia ella. Durante años había pensado que los animales eran útiles porque no comprendían la política. Aquel día envidié que pudiera reconocer una muerte sin preguntarse si había sido necesaria.

Corrí hacia el lago mientras las primeras bombas caían detrás de la línea de árboles. Cada explosión arrancaba del

mundo otra prueba: los laboratorios, los hangares, las tumbas improvisadas, las huellas de quienes habíamos luchado allí. La historia oficial no tendría que mentir sobre los detalles. Bastaría con que no quedara nadie capaz de mostrarlos.



EPÍLOGO

LA ÚLTIMA MISIÓN DE THE BOSS

Corrí hacia el lago con el Patriot de The Boss y su sangre seca en las manos. EVA había puesto en marcha el hidroavión. Los primeros MiG aparecieron sobre las montañas mientras el bombardeo incendiaba el bosque detrás de nosotros.

Creí que la misión había terminado al cerrar la escotilla.

Ocelot subió al ala antes del despegue.

No sé cómo llegó hasta allí. Ocelot poseía ya esa capacidad de aparecer en el último acto de historias que parecían no pertenecerle. EVA aceleró sobre el agua mientras él y yo nos enfrentábamos en el fuselaje. El viento intentaba arrancarnos del metal. Ocelot sonreía.

Había mejorado. Cada encuentro con él había sido una lección y cada lección lo volvía más peligroso. Terminamos apuntándonos con revólveres cuyo estado ninguno podía asegurar. Una bala. Una recámara. Un gesto del azar presentado como duelo de habilidad.

Disparamos.

El arma de Ocelot no contenía la bala que esperaba. La mía tampoco resolvió la historia. Caímos separados cuando el hidroavión abandonó el agua. Él sobrevivió. Yo escapé.

Años después supe que Ocelot había sido ADAM, el contacto al que debía encontrar al comienzo de la operación. Servía a la

GRU, espiaba para la KGB y, por encima de ambas, respondía al director de la CIA. Mientras EVA, The Boss y yo cumplíamos misiones distintas, él observaba las tres. El microfilm que EVA robó era falso. Ocelot consiguió que la mitad auténtica del Legado llegara a Estados Unidos y entregó también los diseños de Granin.

En Tselinoyarsk todos éramos agentes de alguien.

Ocelot fue el único que parecía disfrutarlo.

EVA y yo aterrizamos lejos de la frontera. Pasamos la noche en una casa segura. Ninguno habló de futuro. Bebimos por los muertos, aunque no pronunciamos sus nombres. Tenía el cuerpo vendado, un título que todavía no conocía y la sensación de haber regresado de un lugar al que una parte de mí seguía perteneciendo.

EVA se sentó a mi lado. La cercanía no borró la misión ni convirtió la confianza en algo sencillo. Durante unas horas fingimos que dos personas podían encontrarse fuera de sus banderas.

Al despertar, estaba solo.

El microfilm había desaparecido. Sobre la mesa encontré una cinta y un arma descargada. Puse la grabación.

La voz de EVA ya no sonaba seductora ni despreocupada. Sonaba cansada.

Confesó que no era la agente de la NSA cuyo nombre había utilizado. Trabajaba para la rama china de los Filósofos y su misión consistía en apoderarse del Legado. Debía eliminarme después. No lo hizo porque se lo había prometido a The Boss.

No sé si aquello significaba que todo entre nosotros había sido falso. Los espías también sienten. Simplemente aprenden a utilizar lo que sienten como parte de la cobertura. EVA regresaría a mi vida muchos años después y seguí sin encontrar una frontera limpia entre la mujer y la misión.

Entonces la cinta reveló la verdad sobre The Boss.

Su desertión había sido organizada por Washington. Debía infiltrarse junto a Volgin, recuperar el Legado y regresar. El lanzamiento nuclear convirtió la operación encubierta en una amenaza diplomática. Para demostrar la inocencia de Estados Unidos, The Boss recibió una última orden: mantener la tapadera, entregar el microfilm y morir a manos de su discípulo.

No solo debía morir. Debía aceptar que la historia la recordara como criminal de guerra.

Escuché la cinta más de una vez. Buscaba una frase que me absolviera. EVA explicaba que The Boss había elegido cumplir con su deber, que había protegido el mundo y que me había mantenido vivo. Nada cambiaba el hecho de que el gobierno conocía el final antes de enviarme.

Yo no era el héroe de la operación. Era la prueba.

Detuve la cinta y permanecí sentado hasta que se hizo de noche. Podía oír a EVA continuar dentro del aparato, esperando que pulsara de nuevo el botón. Una parte de mí quería destruir la grabación antes de escuchar más. Si la verdad desaparecía, quizá la orden volvería a ser simple.

La reproduce desde el principio.

Después una tercera vez.

Intenté encontrar el momento exacto en que The Boss había dejado de ser mi maestra para convertirse en objetivo. No existía. Seguía siendo ambas cosas cuando me arrojó del puente, cuando permitió que me encerraran y cuando se tumbó entre las flores. Las categorías eran más. Ella solo había tenido una misión.

Comprendí también por qué EVA había llorado al verme herido y por qué después robó el microfilm. Sus sentimientos no anulaban sus órdenes. Ese era precisamente el veneno que The Boss había intentado mostrarme: un ser humano puede amar a

alguien y utilizarlo al mismo tiempo si ha entregado a otro la responsabilidad de elegir.

The Boss fue la única que completó todos sus objetivos. Se acercó a Volgin, aseguró el Legado, evitó una guerra y murió sin defender su nombre. Incluso su derrota formaba parte de la misión.

Días después me vistieron con uniforme de gala y me condujeron a la Casa Blanca.

Las vendas habían sido sustituidas por un parche. El presidente Johnson habló de valor, servicio y paz. Las cámaras registraron el momento en que colgó la Cruz de Servicio Distinguido sobre mi pecho. Después anunció que había superado a la soldado conocida como The Boss.

—Desde hoy —dijo—, será conocido como Big Boss.

Los invitados aplaudieron.

El nombre cayó sobre mí como otra orden. No reconocía lo ocurrido en Tselinoyarsk; lo convertía en propaganda. La mujer que había salvado su país sería enterrada sin honor. El hombre que la mató ocuparía su lugar ante las cámaras.

Johnson estrechó mi mano. Cuando el director de la CIA se acercó, no acepté la suya. Fue un gesto pequeño y bastante inútil, pero era lo único que podía negarles dentro de aquella habitación.

Abandoné la ceremonia con la medalla puesta. Nadie intentó detenerme. Un héroe resulta más convincente cuando parece atormentado.

Conduje hasta el Cementerio Nacional de Arlington. El cielo estaba cubierto y las lápidas se repetían en líneas perfectas sobre la hierba. Tantos nombres ordenados para que la muerte pareciera administrable.

La tumba de The Boss no tenía nombre. Solo fechas y una inscripción destinada a quienes jamás conocerían la verdad.

Oficialmente pertenecía a una traidora. Extraoficialmente, ni siquiera podía ser llorada.

Dejé el Patriot y un ramo de flores blancas sobre la piedra.

Durante diez años The Boss me había enseñado a controlar el cuerpo: respiración, pulso, dolor, miedo. Frente a su tumba no pude controlar nada. Saludé. Las lágrimas recorrieron la mejilla izquierda y desaparecieron bajo el parche en la derecha.

No juré construir Outer Heaven aquel día. Esa versión convierte una herida en un plan y una vida en una línea recta. Todavía no sabía qué forma tendría mi ruptura con Estados Unidos. Todavía creía posible servir a los soldados sin convertirme en aquello que odiaba.

Lo que murió en Arlington fue una obediencia sencilla.

Dejé FOX. Años después otros hombres hablarían de ejércitos sin fronteras, de naciones de soldados y de un lugar donde ningún gobierno pudiera utilizar nuestras vidas para después negar nuestros nombres. Yo escucharía esas ideas a través de la herida que The Boss dejó abierta. Las interpretaría, las deformaría y acabaría construyendo con ellas algo que quizá ella nunca habría querido.

Esa responsabilidad es mía.

Los gobiernos utilizaron a The Boss. Yo pasé media vida convencido de que la solución era crear un mundo donde los soldados siempre tuvieran una guerra. Confundí la ausencia de patria con la libertad y el refugio con una fortaleza. Cada paso parecía lógico cuando se contemplaba desde el anterior.

Por eso escribo ahora.

No para justificar a Big Boss ni para limpiar un nombre que ha pertenecido a demasiados hombres. Escribo para recordar que antes del título existió Jack, y que Jack vio a la mejor soldado del siglo obedecer una orden injusta hasta sus últimas consecuencias.

The Boss no me pidió que vengara su muerte.

Me pidió que continuara la misión de mantener vivo el mundo.

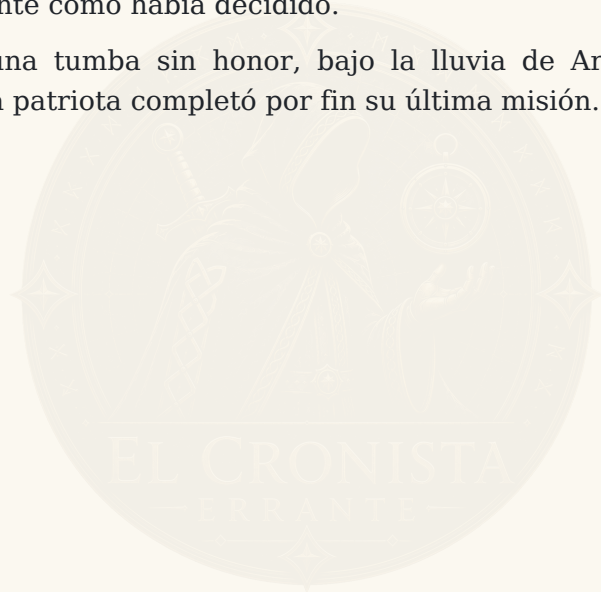
Todo cuanto hice después nació de mi intento por comprender esas palabras.

También mis peores errores.

Me llaman Big Boss porque superé a mi maestra en combate. Es mentira. Yo sobreviví. Ella venció.

El mundo siguió girando sin conocer su nombre, exactamente como había decidido.

Y en una tumba sin honor, bajo la lluvia de Arlington, la verdadera patriota completó por fin su última misión.





FIN

Una crónica de El Cronista Errante

La verdad fue su última misión.

elcronistaerrante.com